

circunstancias, Urcabustaiz, valle de Arrastaria, que comprende Tertanga, Délica, Artomaña y Aloria, la ciudad de Orduña y la villa de Arceniega.

Ayala constituía una hermandad dividida en las cinco cuadrillas siguientes:

1.º SOPEÑA: Respaldiza, Maroño, Lejarzo, Menoyo, Aguiñiga, Añes, Madaria, Oceca, Salmantón, Sojo, Lujo y Erbi.

2.º LEZAMA: Echegoyen, Barambio, Larrimbe, Astobiza, Lecamaña, Lezama, Saracho e Izoria.

3.º AMURRIO: Murga, Olabazar, Luyando y Amurrio.

4.º LLANTENO: Quejana, Menagaray, Costera, Mendieta, Retes de Llantenno, Retes de Tudela, Santa Coloma, Sojoguti y Llantenno.

5.º OQUENDO: Beotegi, Valle de Zuaza y Oquendo.

Al aplicarse la ley de ayuntamientos de 1841, Ayala se dividió en los cuatro siguientes: Lezama, Ayala, Oquendo y Amurrio, pasando tres pueblecitos a formar parte del Ayuntamiento de Arceniega, pero siempre conservando el derecho foral ayalés.

«Este es el bello y alegre escenario —como dice Galíndez— donde desarrolla la génesis del Señorío de Ayala y donde rige el Fuero del mismo nombre».

II. Hidrografía

Coincide en el término de Ayala, la divisoria de dos vertientes: la del Cantábrico y la del Mediterráneo, más propiamente la del Ebro, puesto que las aguas que discurren hacia el sur, tienen su desembocadura en este río que corre de oeste a este, hallándose lejos el mar que las recibe.

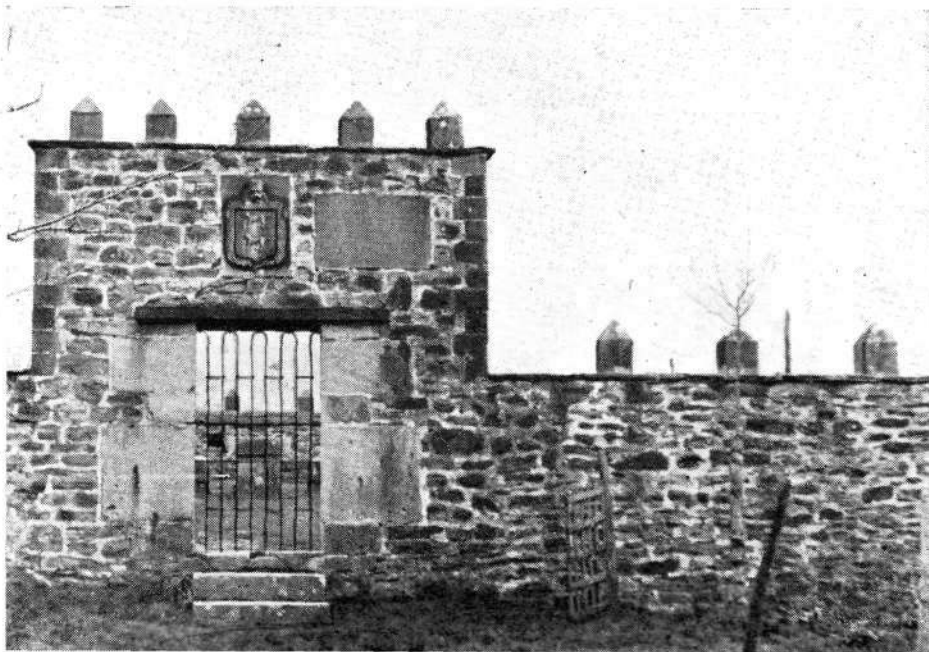
Dada la poca distancia que abarca la desembocadura del Cantábrico, es natural que sus ríos sean cortos y, por lo tanto, en sus principios más bien sean riachuelos que bañan dulcemente la tierra de Ayala. He aquí sus ríos:

El Nerba o Nervión, que nace en las fuentes de Ureta, en plena meseta, y al despeñarse en la depresión de la sierra, forma una imponente cascada, cuando sus aguas arrastran mayor caudal que el ordinario. Baña la ciudad de Orduña, Saracho, Amurrio y Luyando, para adentrarse por Laudio o Llodio en tierra vizcaína.

El Ibaizábal que tiene su nacimiento en la peña de Angulo, pero se alimenta casi exclusivamente de manantiales de la Sierra Garobel. Riega los caseríos de Añes, Erbi, Retes, Ibaizábal, Llantenno y se une en Ureta con el Arceniega.

El de Zuaza u Oquendo, es un conjunto de arroyuelos desprendidos de la sierra por diferentes sitios, formando río en las inmediaciones de Ozelza, donde toma bastante caudal, para seguir su curso por Oceca, Quejana, que lame los muros de la torre del mismo nombre, Respaldiza, Menagarai, Zuaza, Oquendo, y tocando muy poco al valle de Gordejuela, se junta con el Ibaizabal en Padura, para desembocar unidos en el Cadagua, en Sodupe (Zaldupe), jurisdicción de Gueñes.

Izoria, que tiene su origen formando una magnífica cascada en la Sierra de Garobel, cerca de Menerdiga y atraviesa los preciosos pueblecitos de Lendoño (Goikoa y Bekoa), Aguiñiga, Maroño, Izoria, Olabazar y Murga,



ZARAOBE - AYALA

(Foto Santiago González)

donde desagua al Nerba o Nervión, junto al puente del mismo nombre, en territorio de Luyando. En este río se crían ricas y sabrosas truchas.

No merece la pena de ir detallando arroyuelos y ríos menores, porque su pequeño caudal no da lugar a citarlos en un trabajo, por modesto que sea.

III. Origen de su señorío

Varias y diversas son las narraciones que han llegado hasta nosotros, queriendo probar el origen de la Tierra Ayalesa. De sobra es conocido de nuestros lectores la de Lope García de Salazar, el inquieto banderizo encartado, Señor de la casa-torre de Muñatones, en Somorrostro que en sus «Bienandanzas y fortunas», nos da a conocer, principalmente, la historia de su época turbulenta: «... vinieron un día por la Sierra Garobel y habiendo visto el despoblado que se extendía a sus pies, la tierra de Ayala, don Vela le recordó su promesa pidiéndole el territorio que veían, y como en la petición le ayudasen varios acompañantes que dijeron: «Háyala, señor, háyala», el rey accedió y en recuerdo de lo ocurrido mandó que el territorio se llamase Ayala».

Olvidando la fantasía, nos encontramos que a fines del siglo XI hallamos las primeras noticias de esta tierra, sin asentar sus orígenes que como en todas las historias aparecen rodeadas de dudas e incertidumbres y muchas veces de misterio en que la leyenda se mezcla con la historia y la historia con la leyenda

Lo que no cabe duda es que primitivamente perteneció a Vizcaya y después se constituyó en Señorío al separarse de aquella, teniendo perfecta explicación el hecho por las relaciones existentes entre el Fuero de Ayala y el de Vizcaya.

El Fuero de Ayala en su primer capítulo dice:

«Sobre el Señor de Ayala el Rey de Castilla ha Señorío sobre todo lo que ha en sus reinos, más el Señorío de Ayala, es así como el Señorío de Vizcaya, *ca fueron hermanos; y Vizcaya era Señorío a su parte e Ayala el suo*, e los Reinos de Castilla e de León non ha tierra que haya esta manera, salvo Ayala e Oñati que es del Señor de Guebara. Otrosi Alava solia ser de los confrades, e non del Rey, fasta que gela dieron al Rey D. Alfonso el que venció la de Belamarin», donde vemos la unión existente entre Vizcaya y Ayala, su separación como Señoríos, y además se refiere a Alava como una cosa completamente aparte.

También la Tierra de Ayala, fue teatro de las luchas de banderías que tanto ensangrentaron el País Vasco en la edad media. Las casas solariegas que poseían torres, sin otro objeto que el servir de defensa de los ataques enemigos, tomaron partido en las luchas sostenidas por dos bandos: los oñacinos y los gambinos.

Muchas leyendas se han escrito sobre el origen de estas sangrientas rencillas intestinas, pero claramente se comprende que lo que ocurrió fue que en Guipúzcoa había una familia, la de Oñaz, que era enemiga de la de Gamboa, en Alava; sus rencillas trascendieron al campo de batalla, agrupándose a favor de una y otra las mejores familias de Alava, Vizcaya, Guipúzcoa y Ayala; por otra parte en Navarra y las regiones vascas continentales, entonces unidas a aquella, había otras dos familias, Agramont y Beaumont, que se hacían la misma guerra; para colmo de males se relacionaron, simpatizando los Oñacinos y Beaumonteses por un lado y los Gambinos y Agramonteses por otro, de donde resultó que todo el País Vasco fue un hervidero de luchas.

A esta situación pusieron término las Juntas soberanas a fines del siglo XV y principios del XVI por medio de diversas Ordenanzas.

Entre las torres solariegas de la Tierra de Ayala, recordamos:

Murga, de Llanteno

Mariaka, de Amurrio.

Oribe, en Sojo.

Aguirre, en Zuaza.

Larrea, en Oquendo.

Mendieta, en Arceniega.

Sojoguti, en Sojo.

Eguiluz, en Astobiza.

Perea, en Lezama.

Quejana, en el lugar de su mismo nombre.

La casa de Ibarrola, en el valle de Zuaza, era muy importante con molino y ferrería y martinete para aceros.

Torres cuya antigüedad se pierde en la niebla de la historia y de cuya permanencia aun pueden contemplarse algunas de ellas, aunque la mayoría, en virtud del tiempo que nada perdona, yacen en lamentables ruinas y otras restantes han desaparecido por completo, sin dejar rastro ni huella de su exis-

tencia. Solamente la historia o la leyenda, ha sabido conservar el recuerdo de su nombre.

No tiene mayormente interés para este nuestro bosquejo histórico el conocimiento de los señores de Ayala. Pasando de largo un buen número de ellos, llegamos a D. Fernán I, el que confirmó el fuero de Ayala en 1373, y por lo tanto el que tiene más importancia para su historia. Heredó el Señorío, por muerte de su hermano Sancho III. Juntamente con su esposa fundó y dotó un convento de frailes predicadores en el monasterio de Quejana, entrando él mismo como fraile en sus últimos años, muerta su esposa, y por eso se le conoce con el nombre de Fray Fernán Pérez de Ayala.

Le sucedió su hijo Pedro II, Canciller de Castilla y Merino mayor de Guipúzcoa. De vida turbulenta y de singular renombre en la literatura, fue quien llevó a último extremo el olvido de su territorio.

Hacia 1463 debió de incorporarse la Tierra de Ayala, que hasta entonces había sido totalmente independiente, a Alava, constituyendo una hermandad de ésta, conservando sus particularidades forales hasta que al perder el País Vasco sus fueros en 1839 y definitivamente en 1876, desapareció la Hermandad, quedando convertida la Tierra de Ayala en cuatro ayuntamientos.

IV. Las juntas de Zaraobe o Zaraube

A poca distancia de Amurrio, no más de un kilómetro y medio, en un altozano y en el límite con el actual ayuntamiento de Ayala, se halla el lugar de Zaraobe. Cerrado por una tapia, dentro de cuyo recinto una mesa y unos bancos de piedra, servían a las reuniones que allí celebraban la Cofradía de Ayala, para nombrar Alcaldes. Una inscripción con el escudo de Ayala, nos recuerda el hecho histórico que le sirvió de testigo, durante la larga vida del fuero:

«En el campo de Saraube que es en la Tierra de Ayala donde los Concejos, Alcaldes, Merinos, Escuderos fijosdalgos, homes buenos vecinos e universidades la dicha tierra acostumbran facer sus juntas generales para entender en sus fechos, e negocios e les cumplen e ocurren a la dicha tierra e vecinos e universidad de ella...»

Del estudio foral, el que mejor se ocupó de ello, fue Jesús Galindez (g. b.), siendo estudiante de derecho en la Universidad de Madrid. El amor a su tierra nativa motivó el que le sirviera de tema en su carrera, las leyes que sus antepasados crearon para bien de los naturales ayaleses, aunque como bien dice en sus libros: «Por todo ello no tengo inconveniente en afirmar que es un fuero laudable por su espíritu altamente simpático, pero que se presta a abusos».

Zaraobe, como Guernica, como Guerediaga y Ustaritz, como Lizarre y Arriaga, también tuvo su árbol, aquel árbol de que nos hablan los textos antiguos, «el Arbol del Campo de Saraube», hoy por desgracia desaparecido.

Bajo aquel árbol, en el día de San Miguel de Septiembre, día esplendoroso y animado, se interesaba el pueblo ayalés por sus asuntos, por toda su tierra de Ayala, desde los confines de Bizcaya y Araba hasta donde «concedo porciones para el pasto de sus ganados en montes y fuentes... hasta la Coba de Eskuti...» (hoy Eskutxi), en el corazón y altura máxima de la Sierra Garobel, limitando con tierra llosina en Burgos.

EN LAS AGUJAS DE ANSABERE

POR JESUS BIDAURRETA

Dormimos al raso en el valle de Ansabe. Fue un vivac tranquilo y apacible, de estrellas luminosas y luna clara que iluminaba el fantástico conjunto de las agujas de Ansabere. Un poco más arriba estaba el puerto de Ansó y al otro lado España.

El día anterior lo habíamos pasado intentando una ascensión a la cara Este de la gran aguja. Fracasamos por diversos motivos, tal vez por no poseer suficiente veteranía como para superar en el primer intento las dificultades que, unas tras otras, va ofreciendo esta enorme pared de doscientos metros. La mañana del día de San Pedro mi amigo Julio Villar y yo atravesábamos el puerto fronterizo y nos internábamos en las enormes pedreras de bajo las agujas. Marchar por ellas resulta algo sumamente duro por lo inestable del piso, el calor que ya apretaba de firme, y el peso de la mochila con las clavijas, tacos, estribos, ropa, sacos y otros pertrechos para el vivac. Pensábamos que la superación del grandioso contrafuerte que se alza ante la pared sería cosa sin complicaciones mayores. Tras las pedreras viene la nieve y la rimaya. Desprovistos de grampones y piolet optamos por encordarnos y subir a cuatro manos, tallando las presas de pie con las punteras de las botas. En uno de los largos, mientras yo aseguraba en la rimaya, bien apuntalado entre ambas paredes, observo a Julio que empieza a rodar vertiginosamente por la empinada pendiente. Después de dar vueltas y vueltas terminó cabeza abajo en la rimaya, tan blanco como la nieve y gimiendo lastimosamente; por suerte todo se redujo a un tobillo estropeado. Todo esto nos hizo perder bastante tiempo, lo cual unido al hecho de no encontrar ni un solo pitón colocado en la fisura que conduce al vivac, cincuenta metros más arriba, nos hizo desistir y dar media vuelta.

Tras vivaquear en el valle, remontamos el puerto para hacer alguna de las vías tradicionales de la aguja grande. Yo quisiera atraer, mediante estas líneas en Pyrenaica, la atención de los escaladores vasconavarros hacia este increíble rincón dolomítico. El que quiera contemplar abismos escalofriantes que emergen entre la niebla, orlados por las tocas blancas y grises de los heleros y las pedreras, debe visitar este rincón vecino del pirineo navarro. De ambas agujas, la Norte es la que cuenta con las vías más interesantes. Esta aguja tuvo un principio trágico. El 24 de junio de 1923 los franceses Lucien Calame y Armand Carrive intentaron la primera ascensión